

Momentos significativos de la vida de mi madre

Cuando mi madre era muy pequeña, alguien le regaló por Pascua una cesta de polluelos. Todos murieron.

«No sabía que no podía sacarlos —dice mi madre—. Pobres animalitos. Los puse en fila sobre una tabla, con las patitas tiesas como palos, y lloré por ellos. Los quería a muerte.»

Es posible que mi madre mencione esta historia para ilustrar su propia estupidez, y también su sentimentalismo. Debemos entender que ahora no haría nada semejante.

Es posible que se trate de un comentario sobre la naturaleza del amor, aunque, conociendo a mi madre, es improbable.

El padre de mi madre era médico rural. Antes de la aparición de los automóviles, recorría su territorio en una calesa tirada por caballos, y antes de la aparición de las quitanieves, iba en un trineo tirado por caballos, entre ventiscas y tormentas y en mitad de la noche, para llegar a casas iluminadas con lámparas de aceite, donde el agua hervía en la cocina de leña y había sábanas de franela calentándose en el escurreplatos, para ayudar a traer al mundo a niños que luego recibirían su nombre. Tenía el consultorio en casa, y mi madre, de niña, veía a los pacientes llegar a la puerta de

la consulta, a la que se accedía por el porche delantero, aferrados a partes de su cuerpo —dedos de las manos o los pies, orejas, narices— que se habían cortado por accidente, presionando esas partes seccionadas contra muñones en carne viva como si pudieran soldarse como masa de pan, con la esperanza generalmente vana de que mi abuelo fuera capaz de cosérselas, de sanar las mutilaciones producidas por hachas, sierras, cuchillos y el destino.

Mi madre y su hermana menor remoloneaban junto a la puerta cerrada del consultorio hasta que eran expulsadas. Detrás de la hoja de madera se oían gemidos, gritos ahogados y peticiones de socorro. Para mi madre, los hospitales no han sido nunca lugares agradables y la enfermedad no concede tregua ni respiro. «Nunca enfermes», dice, y lo dice en serio. Ella casi nunca enferma.

Una vez, sin embargo, estuvo a punto de morir. Fue cuando sufrió una apendicitis aguda. Mi abuelo tuvo que operarla. Más tarde él mismo confesó que no había sido la persona más adecuada para hacerlo: las manos le temblaban demasiado. Es uno de los escasos reconocimientos de debilidad por su parte que mi madre ha mencionado. Casi siempre se le atribuye un carácter severo y un gran sentido de la responsabilidad. «Y, sin embargo, lo respetábamos —dice mi madre—. Era respetado por todos.» (Esta palabra ha perdido cierto valor desde que mi madre era joven. Entonces aventajaba a la palabra «amor».)

Alguien me contó la historia de la granja de ratas almizcleras de mi abuelo: él y un tío de mi madre cercaron el pantano que se extendía detrás de su propiedad e invirtieron los ahorros de la tía soltera de mi madre en ratas almizcleras. La idea consistía en que las ratas se multiplicaran para con el tiempo emplearlas en la confección de abrigo, pero un cultivador de manzanas vecino lavó

los útiles de sulfatar en el río y el veneno mató a las ratas, que quedaron tiasas como clavos. Ocurrió durante la Depresión y no se lo tomaron a la ligera.

Cuando eran jóvenes —período que actualmente lo abarca casi todo, pero yo lo situaría hacia los siete u ocho años—, mi madre y su hermana tenían una cabaña en un árbol, en la que pasaban algunos ratos jugando a las muñecas y cosas por el estilo. Un día encontraron una caja llena de preciosas botellitas junto a la puerta del consultorio de mi abuelo. Eran botellas para tirar, y mi madre (que siempre aborreció el desperdicio) se las quedó para utilizarlas en su casa de muñecas. Las botellitas contenían un líquido amarillento, que no vaciaron porque les pareció muy bonito. Resultó que eran muestras de orina.

«Nos cayó una buena reprimenda —dice mi madre—, pero ¿qué íbamos a saber nosotras?»

La familia de mi madre vivía en una gran casa blanca cercana a un manzano, en Nueva Escocia. Había un granero y una cochera, y una despensa en la cocina. Mi madre todavía recuerda los tiempos en que no había panaderías, cuando la harina llegaba en barriles y el pan se elaboraba en casa. Recuerda la primera vez que oyó la radio, una canción publicitaria sobre calcetines.

Había muchas habitaciones en aquella casa. Aunque he estado allí, aunque la he visto con mis propios ojos, no sé cuántas había. Tenía partes clausuradas, o al menos así lo parecía, y había escalera de servicio. Los pasillos conducían a otro lugar. En ella vivían cinco niños, los padres y dos sirvientes —un hombre y una mujer— cuyos nombres y rostros cambiaban continuamente. La estructura de la casa era jerárquica, con mi abuelo a la cabeza, pero

su vida oculta —la vida de las bases de pastel, las sábanas limpias, la caja de paños en el armario de la ropa blanca, las hogazas de pan en el horno— era femenina. La casa, y todos los objetos que contenía, crepitaba de electricidad estática; la atravesaban corrientes subterráneas, el ambiente estaba saturado de cosas conocidas pero de las que no se hablaba. Como un tronco hueco, un tambor o una iglesia, amplificaba los sonidos, de modo que todavía se puede oír algo de conversaciones susurradas hace sesenta años.

En aquella casa no podías levantarte de la mesa hasta que dejabas el plato vacío. «“Piensa en los armenios que se mueren de hambre”, decía mi madre —dice la mía—. Nunca entendí de qué les iba a servir a ellos que me comiera hasta el último mendrugo.»

Fue en aquella casa donde vi por primera vez tallos de avena en un jarrón, cada uno envuelto en el precioso papel de plata rescatado con sumo cuidado de una caja de bombones. Pensé que era lo más extraordinario que había visto en la vida y empecé a guardar papel de plata. Sin embargo, nunca llegué a envolver en él tallos de avena, lo que, de todos modos, tampoco habría sabido hacer. Al igual que otras formas artísticas de civilizaciones desaparecidas, esta técnica se ha perdido y es imposible recuperarla.

«Teníamos naranjas por Navidad —dice mi madre—. Las enviaban de Florida; eran muy caras. Ese era el mejor regalo: encontrar una naranja en el fondo del calcetín. Es curioso recordar ahora lo bien que sabían.»

Cuando tenía dieciséis años, mi madre llevaba el cabello tan largo que podía sentarse sobre él. Las mujeres se cortaban el cabello a lo chico en aquel entonces; llegaban los años veinte. El pelo era motivo de quebraderos de cabeza para mi madre, pero mi abuelo,

muy estricto, le prohibía cortárselo. Esperó hasta un sábado en que su padre tenía hora con el dentista.

«En aquellos tiempos no había anestesia —dice mi madre—, y el torno se accionaba con un pedal y hacía un ruido espantoso. Incluso el dentista tenía los dientes amarillentos; mascaba tabaco y escupía en una escupidera mientras trabajaba en tus dientes.»

Mi madre, buena imitadora, se detiene en este punto para imitar el sonido del torno y de los salivazos: «¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Ffff! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Ffff! Era una auténtica agonía —dice—. El gas que te adormecía fue como una bendición del cielo.»

Mi madre entró en la consulta del dentista, donde mi abuelo aguardaba sentado en la silla, pálido por el dolor. Le preguntó si podía cortarse el pelo. Él respondió que hiciese lo que quisiera, con tal de que saliera de allí y dejara de molestarle.

«Así que salí corriendo y fui a cortármelo —dice mi madre con desenfado—. Luego se enfureció, pero ya no había nada que hacer. Me había dado permiso.»

Mi cabello está guardado en una caja de cartón que hay en un baúl en el sótano de la casa de mi madre, donde lo imagino más deslustrado y quebradizo con cada año que pasa, y tal vez apolillado; a estas alturas se parecerá a las marchitas coronas de pelo de la joyería funeraria victoriana. O tal vez haya producido moho seco; en su envoltorio de papel de seda, resplandece débilmente en la oscuridad del baúl. Sospecho que mi madre no recuerda que está ahí. Me lo cortaron, con gran alivio por mi parte, cuando tenía doce años y acababa de nacer mi hermana. Hasta entonces, me caía en largos rizos. «De lo contrario —dice mi madre—, se te habría enredado mucho.» Mi madre me peinaba arrollando el pelo alrededor del dedo índice, pero mientras estuvo en el hospi-

tal mi padre fue incapaz de hacerlo. «No podía enrollarlo en esos dedos rechonchos», dice mi madre. Mi padre se mira los dedos. Son muy anchos comparados con los de mi madre, largos y elegantes, que ella califica de huesudos. Mi padre esboza una sonrisa de gatito.

Así que me corté el pelo. Me senté en la butaca de mi primer salón de belleza y contemplé cómo caía, puñados de telarañas que se posaban sobre mis hombros. De su interior empezaron a surgir mi cabeza, más pequeña, más densa, y mi rostro, más anguloso. Envejecí cinco años en quince minutos. Supe que podía volver a casa y ver cómo me sentaba el lápiz de labios.

«Tu padre se disgustó», dice mi madre con cierto aire de conivencia. No lo dice cuando mi padre está presente. Las extrañas reacciones de los hombres con respecto al pelo de las mujeres nos hacen sonreír.

Yo pensaba que mi madre, en sus primeros años, había llevado una vida de alegría continua y aventuras excitantes. (Esto era antes de que me diese cuenta de que nunca mencionaba los largos períodos carentes de acontecimientos señalados que habrán constituido la mayor parte de su vida; las anécdotas no eran sino los jalones). Los caballos se escapaban con ella, los hombres le hacían proposiciones, cada dos por tres se caía de árboles o de caballetes de graneros, o las mareas desenfrenadas casi se la llevaban; por si eso fuera poco, padecía de vergüenza aguda en circunstancias difíciles.

Las iglesias eran especialmente peligrosas. «Un domingo invitaron a un predicador —dice—. Teníamos que ir a la iglesia todos los domingos, claro está. Imagínatelo allí, embalado, hablando del fuego del infierno y la condena —señala un púlpito invis-

ble—, y, de repente, la dentadura postiza sale disparada de su boca, ¡fop! Bueno, pues no perdió la compostura ni por un momento. Alargó la mano, cogió la dentadura, se la encajó en la boca y siguió su perorata, condenándonos a todos a tormentos eternos. ¡Nuestro banco temblaba! Las lágrimas nos corrían por la cara, y lo peor es que estábamos en primera fila y el predicador nos miraba fijamente. No podíamos reírnos, claro, porque papá nos habría regañado severamente.»

Las reuniones sociales en casas ajenas se transformaban en trampas mortales para ella. Las cremalleras de los vestidos se le rompían en lugares estratégicos, los sombreros no eran de fiar. La escasez de cinta elástica durante la guerra exigía una atención constante; entonces la ropa interior llevaba botones y era un tema mucho más tabú y por lo tanto más importante que ahora. «Ibas por la calle —dice—, y antes de que te dieras cuenta te encontrabas con las bragas colgando sobre las botas de agua. La mejor manera de salir del paso consistía en sacar un pie, darles una patada con el otro y meterlas en el bolso. Yo tenía buena práctica.»

Esta historia en concreto la cuenta a muy poca gente, pero hay otras para el consumo general. Cuando las narra, la cara de mi madre parece de goma. Interpreta todos los papeles, incorpora efectos sonoros y gesticula. Le centellean los ojos, a veces con cierta malicia, pues, aunque mi madre es apacible, anciana y toda una señora, trata por todos los medios de no ser una apacible señora anciana. Cuando alguien está tentado de tomarla por tal, lo sorprende con una frase inesperada; se niega a que la juzguen de entrada.

Pero no hay forma de obligar a mi madre a contar historias cuando no quiere. Si se la azuza, se muestra cohibida y no dice

nada. O se ríe, se va a la cocina, y no tarda en oírse el zumbido de la batidora. Hace mucho tiempo que dejé de animarla a bromear en las fiestas. En compañía de desconocidos, se limita a escuchar con gran atención, la cabeza un tanto ladeada y una sonrisa de fría cordialidad en los labios. El secreto consiste en esperar a ver qué dirá después.

A los diecisiete años mi madre entró en la Escuela Normal de Truro. Este nombre —«Escuela Normal»— encerraba cierta magia para mí. Pensaba que tenía algo que ver con aprender a ser normal, lo que quizá sea cierto, porque allí se iba para aprender a ser maestra. Con posterioridad, mi madre dio clases en un colegio de una sola aula no muy alejado de su casa. Todos los días iba y venía del colegio a caballo. Ahorraba el dinero que ganaba y así se costó la universidad. Mi abuelo no quería que fuese a la universidad: decía que mamá era demasiado frívola. En su opinión, le gustaba demasiado patinar sobre hielo y bailar.

Cuando estudiaba en la Escuela Normal, mi madre se alojaba en casa de una familia que tenía varios hijos de edades similares a las de las chicas que hospedaban. Comían todos juntos en una enorme mesa (que yo imaginaba de madera oscura, con macizas patas labradas, cubierta siempre con un mantel de lino blanco), presidida por el padre en un extremo y la madre en el otro. Yo me imaginaba a los dos corpulentos, sonrosados y sonrientes.

«Los chicos eran muy bromistas —dice mi madre—. Siempre estaban tramando algo.» Era lo que se esperaba de los chicos, que fueran muy bromistas, que siempre estuvieran tramando algo. Mi madre añade una frase clave: «Nos divertíamos mucho».

Divertirse siempre ha ocupado un lugar destacado en el orden

del día de mi madre. Se lo pasa en grande, pero lo que quiere dar a entender con esta frase solo puede comprenderse mediante un reajuste, dado el enorme abismo que la frase ha de salvar antes de llegar a nosotros. Viene de otro mundo, un mundo que, como las estrellas que emitieron la luz que vemos titilar en el cielo por las noches, tal vez ya no exista. Se pueden reconstruir los detalles de ese mundo —los muebles, la ropa, los adornos de la repisa de la chimenea, las jarras, las vasijas, incluso los orinales de los dormitorios—, pero no las emociones, o al menos no con la misma exactitud. Mucho de lo que ahora conocemos y sentimos debe ser excluido.

Era un mundo en el que la coquetería inocente era posible, porque había muchas cosas que las chicas decentes no hacían, y entonces había más chicas decentes. Perder la decencia no equivalía únicamente a perder la gracia: los deslices sexuales, para todas las chicas sin distinción, acarreaban consecuencias económicas. Entonces la vida era más alegre e inocente, y al mismo tiempo estaba impregnada de culpa y de terror, o como mínimo de ocasiones para ello, en el ámbito más cotidiano. Era como el haikú japonés: una forma limitada, de perímetros rígidos, en cuyo interior era posible la más asombrosa libertad.

Hay fotografías de mi madre en aquel tiempo, en compañía de tres o cuatro chicas, con los brazos entrelazados o alrededor del cuello de las otras, en actitud festiva. Tras ellas, más allá del mar, las colinas o lo que haya de fondo, existe un mundo que ya se precipita hacia la destrucción, sin que ellas lo sepan: se ha enunciado la teoría de la relatividad, el ácido se está acumulando en las raíces de los árboles, las ranas toro están condenadas. Sin embargo, sonríen con algo que desde esta distancia podría califi-

carse de gallardía, la pierna derecha adelantada en una parodia de las coristas.

Una de las diversiones favoritas de las chicas que se hospedaban en la casa y de los hijos de la familia era el teatro de aficionados. Los jóvenes —se los llamaba así, «los jóvenes»— actuaban en obras que se representaban en el sótano de la iglesia. Mi madre era una de las actrices habituales. (En algún lugar guardo un montón de libretos, opúsculos amarillentos con los diálogos de mi madre subrayados a lápiz. Son todo comedias, todas impenetrables.) «Entonces no había televisión —dice mi madre—. Teníamos que inventarnos nuestras propias diversiones.»

Para una de estas obras hacía falta un gato, y mi madre y uno de los hijos cogieron el gato de la familia. Lo metieron en una bolsa de lona y fueron al ensayo en coche (entonces ya había coches). Mi madre llevaba la bolsa en el regazo. El gato, probablemente asustado, se orinó; se orinó tanto que el líquido traspasó la lona y mojó la falda de mi madre. Al mismo tiempo, produjo un hedor espantoso.

«Quería que me tragara la tierra —dice mi madre—, pero ¿qué podía hacer? En aquellos tiempos estas cosas —se refiere al pipí de gato, o a cualquier clase de pipí— no se mencionaban.» Se refiere a que no se mencionaban ante un miembro del sexo opuesto.

Me imagino a mi madre cabalgando la noche en aquel coche, con la falda empapada, muerta de vergüenza, y al joven sentado a su lado con la mirada fija al frente, fingiendo no haberse dado cuenta de nada. Ambos tienen la sensación de que no es el gato el que ha cometido este innombrable acto de micción, sino mi madre. Y así continuaban adelante, siguiendo una línea recta que les conduce por encima del Atlántico hasta superar la curvatura de la

tierra, más allá de la órbita de la luna, hasta hundirse en la infinita oscuridad.

Mientras tanto, de nuevo en la tierra, mi madre dice: «Tuve que tirar la falda. Era estupenda, pero no hubo forma de quitarle el mal olor».

«Solo una vez oí jurar a tu padre —dice mi madre, que nunca profiere juramentos. Cuando llega a un punto de la historia que requiere un taco, dice “maldita sea” o “jelines”—. Fue el día que se aplastó el pulgar al perforar el pozo para extraer agua.»

Sé que esta anécdota sucedió antes de que yo naciera, en el norte, donde debajo de los árboles y de las hojas que cubren el suelo no hay sino arena y roca. El pozo era para una bomba manual, que a su vez era para la primera de las numerosas cabañas y casas que mis padres construyeron juntos. Puesto que más tarde observé cómo se perforaban los pozos y se instalaban las bombas manuales, sé cómo se hace. Hay un tubo que acaba en punta por un extremo. Se hinca en la tierra con una almádena y, a medida que se hunde, se van introduciendo más tubos, hasta que se alcanza el agua potable. Para que el extremo superior no se estropee, se coloca un taco de madera entre la almádena y el tubo. Lo mejor es que otra persona lo sostenga. Así se aplastó mi padre el pulgar: sostenía el taco al mismo tiempo que golpeaba con la almádena.

«Se le hinchó como un rábano —dice mi madre—. Tuvo que hacerse un agujero en la uña con la navaja para aliviar la presión. La sangre salió disparada, como las pepitas de un limón. Más tarde toda la uña se puso morada, luego negra, y finalmente se cayó. Por suerte, le creció otra. Dicen que solo tenemos dos oportunidades. Cuando se golpeó, sus juramentos atronaron el aire en yar-

das a la redonda. Yo ni siquiera sabía que conociese aquellas palabras. Ignoro dónde las aprendió.» Habla de esas palabras como si fueran una enfermedad contagiosa benigna, como la varicela.

En este punto, mi padre baja la mirada hacia el plato con discreción. Para él, hay dos mundos: uno habitado por mujeres, en el que no se utilizan determinadas expresiones, y otro —que se compone de explotaciones forestales y de otros lugares que frecuentó en su juventud, y de reuniones de hombres aceptables— en el que sí. Introducir verbalmente el mundo de los hombres en el de las mujeres indicaría tosquedad y mala educación, pero traspasar el mundo de las mujeres al de los hombres podría acarrear a quien lo hiciera la fama de melindroso, tal vez incluso de maricón. Esta es la palabra apropiada. Todo esto ambos lo tienen muy claro.

Esta anécdota ilustra varias cosas: que mi padre no es maricón, para empezar, y que mi madre se comportó con absoluta corrección al escandalizarse. Sin embargo, los ojos de mi madre brillan de placer cuando cuenta esta historia. En su fuero interno, encuentra divertido que mi padre fuera pillado en falta, al menos una vez. No deja de ser significativo que la uña desprendida cayera en el olvido hace mucho tiempo.

Hay ciertas historias que mi madre no relata en presencia de hombres: nunca a la hora de cenar, nunca en las fiestas. Solo las cuenta a mujeres, por lo común en la cocina, cuando ellas o nosotras estamos ayudando a guisar o a pelar guisantes, cortando las puntas de las judías o despinochando mazorcas de maíz. Las cuenta en voz baja, sin gesticular y sin acompañamiento de efectos sonoros. Son historias de traiciones amorosas, embarazos no deseados, enfermedades espantosas, infidelidades matrimoniales, crisis nervio-